

# El don y el arte de la paternidad

En tus manos | *Arzobispo Robert G. Casey*

Recuerdo la primera vez que hice algo y me di cuenta de que me había convertido en alguien igual que mi padre. Muchos de nosotros hemos tenido experiencias similares. Llegamos a cierta edad y el ADN que se ha transmitido de generación en generación se vuelve innegable. Una esposa puede decirle algo a su marido y darse cuenta de que suena igual que su madre. Un padre puede decirles algo a sus hijos y oír la voz de su propio padre saliendo de su boca.

Hace algunos años, durante una visita a Irlanda, entré en una sala, levanté la mano y saludé a todos los presentes. La forma en que hice este gesto, con cierta inclinación de cabeza y mi manera de hablar, les recordó a todos a mi abuelo. Esto me sorprendió, ya que nunca conocí a mi abuelo. Sin embargo, él sigue vivo a través de mi ADN. Mis familiares y amigos en Irlanda podían reconocerlo por mis rasgos y gestos.

La paternidad, sin embargo, es más un arte que una ciencia. La ciencia que hay detrás es bastante sencilla. Para crear un hijo se mezcla el ADN de un padre con el de una madre. Sin embargo, una vez que ese niño vive, el papel de padre se vuelve mucho más complejo. Desde el primer día, hay decisiones que tomar y oportunidades que aprovechar.

Para ser un buen padre, un hombre debe fundamentar su vida en la fe, la esperanza y el amor. Cada día debe ser visto como una oportunidad para perfeccionar el arte de la paternidad, dando a los hijos el ejemplo de una vida dedicada al aprendizaje continuo. En nuestras familias, recibimos parte de una herencia que valoramos y otra de la que debemos deshacernos. Aprender a romper los hábitos y

costumbres que dañan más de lo que sanan los lazos familiares se vuelve un esfuerzo importante para cada padre en su intento de llegar a ser un maestro en el arte de la paternidad.

El dicho “de tal palo, tal astilla” revela una poderosa verdad sobre la paternidad. A primera vista, esa frase alude a los rasgos, características y gestos que se transmiten a través de nuestro ADN. Sin embargo, si lo vemos de otra manera, esa frase nos invita a tener más amor y reconciliación en nuestras familias. ¿Nos gusta nuestro padre? ¿Nos gusta nuestro hijo? ¿Puede ese “gusto” transformarse en amor? La conocida historia del Hijo Pródigo demuestra cómo un padre puede aprender a querer y amar a sus hijos, tanto en la luz como en la sombra. Y cuando un padre ha desarrollado un amor profundo, arraigado en el amor de Dios por nosotros, puede enseñar a sus hijos cómo afrontar las tormentas de la vida sin dejarse abatir.

El *Shema* es la oración judía diaria que se enseña a los niños para recordarles que la vida debe estar arraigada en la fe en Dios. “Escucha, Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor” (Dt 6, 4). Cada mañana al comenzar nuestro día y cada noche antes de dormir, oramos para que podamos vivir de acuerdo con nuestra fe y amar como Dios ama. El amor de un padre por sus hijos, esencial y perdurable, se convierte en un reflejo del amor de Dios nuestro Padre, que no nos abandonará ni siquiera en medio de una profunda decepción.

Al celebrar el Día del Padre este mes, oramos por nuestros padres, vivos y fallecidos, pidiendo la bendición de Dios sobre ellos, ya sea para su descanso eterno o para su camino aquí en la tierra. Al reflexionar sobre el amor de Dios que hemos llegado a conocer a través de nuestros padres, y el ejemplo que nos dieron o no nos dieron, oramos también por todos aquellos a quienes se les concederá el don de la paternidad. Que reciban ese don con humildad y gratitud. Y que aprendan a reflejar el amor de

Dios en sus vidas, para que las generaciones futuras lleguen a conocer a Dios nuestro Padre como un proveedor, protector y perdonador amoroso.